

CAPITULO VII.

De la adoracion que recibió el Divino Infante de unos Magos del Oriente que siguiendo el curso de una misteriosa estrella llegaron á Belen, y de los infames proyectos formados por Herodes para quitarle la vida.

Jesucristo que vino á dar á los hombres ejemplos de obediencia siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz, quiso sujetarse á la ley de la Circuncision, mandada á Moisés y otorgada á Abraham, hacia mas de cuatrocientos años y que era como el sello y carácter de la nacion santa. Este acto tuvo lugar en Belen, y segun San Epifanio con otros autores de la mayor nota en la misma cueva ó gruta donde se habia verificado su nacimiento. En nuestra Historia de Jesucristo, hemos demostrado suficientemente al hablar del Misterio de la Circuncision, que en él se humilló el Salvador, mas que en los otros de su vida, sin escluir el Calvario. No tratamos ahora de reproducir las estensas razones que en aquella obra consignamos, porque en la presente solo tocamos como de paso los Misterios de la vida del Redentor en cuanto están enlazados con los de la Santísima Virgen: tan solo pues diremos que si en el Calvario sufrió Jesucristo crueles tormentos y afrentosa muerte por salvarnos, la naturaleza entera dió un solemne testimonio de su divinidad: el eclipse del Sol, el sacudimiento de la tierra y la resurreccion de muchos muertos, con los demas prodigios que tuvieron lugar, fueron otras tantas lenguas que declararon que el que acababa de morir con la nota de infamia era verdaderamente Hijo de Dios, y que su eje-



Adoracion de los Reyes.

cucion habia sido un horrible sacrilegio. Empero en la Circuncision donde se confunde con los pecadores no obstante ser la santidad por esencia, impecable por naturaleza, no deja entrever ni remotamente su divinidad, recibiendo sobre sí la señal de infamia y la pena del pecado. En la circuncision recibió el nombre de Jesus. Hé aquí las sencillas palabras que usa San Lucas para referir este misterio. *Pasados que fueron los ocho dias para circuncidar al Niño, llamaron su nombre JESUS, como le habia llamado el ángel antes que fuese concebido en el vientre de su Madre*¹. Vamos ahora á consagrar nuestra atencion el Misterio de la adoracion de los Magos.

Ya hemos visto en el capitulo anterior como los Pastores de Judá, fueron los primeros que prestaron despues de María y José, los primeros homenajes de adoracion al Dios recién nacido: pero el Eterno Padre que por medio de un ángel comunicó á aquellos Pastores la grata nueva del natalicio de su Unigénito, quiso tambien traer ante su cuna adoradores de lejanas tierras que le ofreciesen iguales homenajes, valiéndose para ello de un astro. Los tres Magos de quienes vamos á ocuparnos y que segun la mas comun opinion eran reyes, habitaban en el Oriente: una estrella de rara y extraordinaria hermosura que vieron en el cielo, llamó la atencion de estos hombres que eran astrólogos. Dios que queria traer á su Hijo las primicias de los gentiles, creemos que les iluminaria con luz interior, toda vez que no tardaron en conocer que aquel astro brillante les anunciaba, habia aparecido sobre la tierra un nuevo rey digno de recibir la adoracion de todas las criaturas. Conocer esto y emprender su marcha siguiendo el curso de aquel

¹ Luc. II, v. 21.

astro misterioso, todo fué una cosa. San Mateo nos refiere minuciosamente este viaje y su resultado del modo siguiente:

« Cuando hubo nacido Jesus en Belen de Judá en tiempo de Herodes el rey, hé aquí unos Magos vinieron del Oriente á Jerusalem, diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos á adorarle.

» Y el rey Herodes, cuando lo oyó se turbó y toda Jerusalem con él.

» Y convocando todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, les preguntaba, donde habia de nacer el Cristo.

» Y ellos le dijeron: En Belen de Judá: porque así está escrito por el profeta:

» Y tú, Belen, tierra de Judá: no eres la menor entre las principales de Judá: porque de ti saldrá el caudillo, que gobernará á mi pueblo de Israel.

» Entonces Herodes, llamando en secreto á los Magos, se informó de ellos cuidadosamente, del tiempo en que les apareció la estrella.

» Y encaminándoles á Belen, les dijo: Id, é informaos bien del niño: y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle.

» Ellos, luego que esto oyeron del rey, se fueron. Y hé aquí la estrella que habian visto en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró, sobre donde estaba el Niño.

» Y cuando vieron la estrella, se regocijaron en gran manera.

» Y entrando en la casa hallaron al Niño con María su Madre y postrándose le adoraron: y abiertos sus tesoros: le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

» Y habida respuesta en sueños, que no volviesen á Herodes, se volvieron á su tierra por otro camino.»

Tal es la descripcion que del viaje de los Santos Reyes nos hace el Evangelio: debemos ante todo fijar la consideracion en la presteza con que se disponen á seguir el rumbo de la estrella, en el momento en que les es conocida la nueva que les anuncia. Su fe es admirable: no saben á donde se dirigen ni cuando encontrarán al dichoso Rey por cuya vista suspiran, y ni se detienen en considerar si el viaje será mas ó menos dilatado. Al llegar á Jerusalem, ocultáseles el misterioso guia, y ellos creyendo habia llegado el momento de que tuvieran cumplimiento sus deseos, preguntan por todas partes y sin temor á la turbacion de Herodes y de todo Jerusalem, por el nuevo Rey de los judíos que habia nacido. En vano le buscan en la populosa ciudad: salen de ella y llénanse del mayor regocijo al presentárselles de nuevo la estrella que les conduce hasta la pobre gruta de Belen, sobre la cual se para. Allí descubrieron al precioso Niño con María su Madre. Los que por su cualidad de reyes vivian en su pais rodeados del fausto y la grandeza; los que eran servidos por fieles y obedientes vasallos, prontos á ejecutar sus mandatos, buscan á un Rey mas poderoso que ellos y al que desean ofrecerle homenajes de adoracion: le encuentran no en soberbio alcázar adornado con pompa oriental, ni servido por multitud de vasallos y por guardias vigilantes, sino en pobre y miserable albergue, sin otra compañía que su Madre, y sin embargo le reconocen, se postran en su presencia, y abriendo sus tesoros le ofrecen dones de oro, incienso y mirra. Los Padres de la Iglesia admiran entusiasmados la fe de los Magos, y San Bernardo la encuentra superior á la del buen Ladron y á la confesion del Centurion, porque en tiempo de estos ya habia

dado Jesucristo á conocer su divinidad por multitud de milagros y asombrosos prodigios, y habia recibido muchas adoraciones. ¡Qué confusion el comparar tal fe, con la ceguedad espantosa de los que no obstante cerca de diez y nueve siglos de perpetuidad de la Iglesia católica, rehusan postrarse ante el divino Jesus y reconocerle como verdadero Mesias! Contra ellos se levantarán en juicio los Magos del Oriente porque á la primera señal que les diera el cielo, corrieron presurosos y llenos de fe á prosternarse ante el tierno infantito de Belen.

La feliz Madre de Jesus, que llena del mas santo gozo cuidaba del sagrado depósito que el cielo la habia confiado, esperaba con su Hijo Divino entre sus brazos la llegada de los santos Reyes, de cuya venida tenia conocimiento por divina luz. A través de tanta pobreza y humildad, su hermosura, su modestia incomparable, y bellissimo al par que magestuoso aspecto, infundia el mas profundo respeto. El Niño despedia de su rostro brillantes rayos de luz que iluminaban toda la caverna. Luego que los Reyes adoraron al Señor y le ofrecieron sus dones, felicitaron á la Santísima Virgen por ser Madre del Hijo del Eterno Padre, y llegaron, dice la V. Agreda, á darle reverencia hincadas las rodillas. Y como le pidiesen la mano para besársela, como se acostumbra á hacer con las reinas, retiró la suya, y presentándoles la de su Santísimo Hijo, les dirigió estas palabras: « Mi espíritu se alegró en el Señor, y mi alma le bendice y alaba; porque entre todas las Naciones os llamó y eligió para que con vuestros ojos llegueis á ver y conocer lo que muchos Reyes y Profetas desearon y no lo consiguieron, que es al Eterno Verbo encarnado y humanado. Magnifiquemos y alabemos su nombre, por los Sacramentos y misericordias que usa con su pueblo: bese-

mos la tierra que santifica con su real presencia ¹.»

¡Cuán humilde es la Santísima Virgen! Solo quiere que su Hijo sea glorificado y reconocido, en tanto que ella, que al saber por el Angel su dignidad sublime se habia llamado esclava, ahora como sierva invita á los Magos á besar con ella la tierra santificada por la presencia del Divino Jesus. Su bendita alma rebosaba en las mas dulces expansiones de amor y de alegría al ver que su Hijo, envuelto aun en las fajas de la infancia, recibia las adoraciones de los monarcas de la tierra. Si consideramos no solamente la profunda instruccion que la Santísima Virgen tenia en las Sagradas Escrituras, sino la superior ilustracion que por la luz divina la adornaba, no podremos menos de conocer en algun tanto cuán grande seria el gozo de su corazon al ver á su Hijo recibir las adoraciones de los Reyes. En sus oidos resonarian aquellas palabras: «Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán, Señor: y glorificarán tu nombre: porque tú eres grande y obrador de maravillas²;» y aquellas otras tambien del coronado Profeta: «Se alegrarán los cielos, se regocijará la tierra, se conmoventá el mar y su plenitud, á la vista del Señor³.» En su hijo Santísimo veia, en una palabra, cumplidas las profecías del Testamento Antiguo, en las que tanto habia meditado, y por cuya realizacion habia elevado, como todos los justos, continuas y fervorosas súplicas al cielo. Y ¡cómo no habia de experimentar transportes de ternura! Le ha dado á luz en el lugar mas abyecto, por no haber hallado morada mas cómoda ni decente: habia sido colocado entre dos animales en un pesebre y sobre un poco de heno ó paja; pero en tan humilde

¹ Mistica ciudad de Dios: Parte 2.^a, lib. 4.^o cap. XVI.

² Psalm. XLVI.

³ Psalm. XCV.

estado y pobre lugar, postrados los monarcas le ofrecen oro como á rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre mortal. De este modo la escelsa Madre del Mesías verdadero, vió reconocido el reinado eterno de su Divino Jesus.

Fijemos ahora la vista en Herodes, rey intruso y el mas injusto y sanguinario que vieran los siglos. ¿Había sinceridad en aquellas palabras que dirigiera á los Magos: *Id, é informaos bien del Niño: y cuando le hubieseis hallado, hacédmelo saber, para que yo tambien vaya á adorarle?* Lejos de esto, el deseo que tenia de saber donde se hallaba el Niño, anunciado á los Magos por la estrella, era con el objeto de hacerle quitar la vida, ó quitársela él mismo, pues que de todo era capaz, el que dominado por la ambicion temblaba de furor al solo pensamiento de si perderia el trono que tan injusta é indignamente ocupaba. Nada pueden, empero, los proyectos de los mas poderosos monarcas contra las disposiciones de la Providencia. Los Magos, que llenos de fe habianse dejado conducir por aquel astro brillante, al que San Agustin llama lengua del cielo (que prometia y anunciaba al mundo el dia de su libertad), tienen aviso del cielo para no volver á su país por el mismo camino que habian traido. De este modo quedó burlado Herodes, el cual esperaba impaciente la vuelta de los Magos para saber con certeza el lugar donde se encontraba el Divino Infante y hacerle morir, creyendo asegurar de este modo la estabilidad de su trono.

La perfidia de Herodes ha sido imitada despues por muchos, que aparentando amor y veneracion á Jesucristo y á su Iglesia, hánse propuesto, aunque tan inútilmente como aquel, hacer objeto de su furor y venganza á la fundacion divina cuya perpetuidad está asegurada por el que es la verdad por esencia y no puede engañarse ni engañar.

Nosotros vemos mas cruel y mas innoble la persecucion que en el siglo XIX sufre la Iglesia por parte de la hipocresía, que la que sufriera en su infancia por el paganismo y mas tarde por la herejía. Entonces los enemigos de Jesucristo y su doctrina combatian de frente, al paso que los modernos perseguidores dicen, á los que son instrumentos de sus péfidos designios, lo que Herodes á los Magos: «*Id é informaros bien de lo que hay de ese Niño, y cuando le halléis avisádmelo, para que yo tambien vaya á adorarle.*» Nosotros que esto escribimos cuando la Iglesia viene sufriendo aunque tranquila, la desecha tempestad que por todas partes la combate, diremos llenos de confianza á los que han concebido en el delirio de una imaginacion exaltada por la soberbia, el proyecto de darle la muerte, socavando con constancia sus cimientos. ¿Buscais como Herodes al tierno parvulito de Belen? Bien lo sabeis: se halla en Roma, representado por un hombre que hace sus veces sobre la tierra: proclamad para que el mundo os crea vuestro *sincero* catolicismo, y enviad en torno de su Persona y bajo el pretesto de proteccion ejércitos que le opriman: despojadle de cuanto posee, menospreciad su autoridad, y mofaos de sus anatemas, y al fin conseguireis un fin bien contrario al que deseais: vuestras persecuciones serán nuevos laureles que adornarán las sienes de la Esposa Inmaculada del Cordero, de esa matrona llena de robustez y de vida, que viendo tranquila pasar las generaciones y los siglos, se sostiene con firmeza, ínterin vienen por tierra los imperios, caen los tronos, se hunden las monarquías y quedan relegados á la historia los nombres de las mas célebres dinastías. Conoced pues vuestra pequeñez y temblad: vuestra vida comparada con la de la Iglesia, es lo que un grano de arena al lado de los mas elevados montes de la Armenia. ¿Quereis de una

vez conocer vuestra insensatez? Atravesad con vuestra imaginacion por medio de diez y nueve siglos, y con la historia en la mano colocaos al lado del lecho de muerte en el cual el miserable Herodes concluyera una existencia pasada en la maldad y en el crimen. De una en otra generacion se ha trasmitido hasta nosotros la memoria de la asquerosa muerte del primer perseguidor de Jesucristo: y si quereis sin deteneros mucho leer en las últimas páginas de la admirable historia de los triunfos de la verdad católica, no dejareis de encontraros con algun coloso, que habiendo querido dominar al mundo entero, se vió obligado á contemplar desde una desamparada roca, que todo su poder se disipó como el humo ante los fuertes muros de la Iglesia. Empero tiempo es ya de que sigamos nuestra narracion, y vamos á hacerlo. La historia de la Madre de Dios está toda sembrada de maravillas: en cualquiera de los pasajes de su vida que meditemos encontraremos sublimes y elocuentísimas lecciones, siendo de gran importancia la que nos da al cumplir con el precepto de la Purificacion, de cuyo misterio vamos á ocuparnos.

CAPITULO VIII.

Cumple la Santísima Virgen María la ley de la Purificacion, presentando su Hijo al Templo, donde profetiza Simeon, sobre los futuros padecimientos del Salvador y los dolores de su Madre.

Antes de entrar en la esplicacion del Misterio que es objeto del presente capítulo, debemos recordar dos leyes que el Señor habia dado á su pueblo por medio de Moisés. La primera es del Levítico y dice de este modo: «La mujer que por concurso de hombre pariere varon, será inmunda siete dias, y el niño será circuncidado al dia octavo; mas ella permanecerá treinta y tres dias en la inmundicia de su sangre, no tocando ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario hasta que sean cumplidos los dias de su purificacion¹.» La segunda se lee en el sagrado libro del Exodo, por la cual mandaba Dios que se le ofreciesen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, como consagrados á su servicio². Desde luego se comprende que María no estaba sujeta á la ley de la purificacion, ni su Hijo tenia necesidad de ser presentado al templo. Sin embargo, el Santo por esencia quiere confundirse con los hijos de los pecadores, y la pureza misma se presenta á purificarse. Vamos á contemplar de un solo golpe de vista estos admirables misterios en la relacion que de ellos nos hace el Evangelio.

«Luego que fueron cumplidos los dias de la Purificacion

¹ Levit. XII 2-4.

² Exod. XIII, 12 y 13.